

Escrito en negro
(Una tarde con la canalla)

Martín Olmos

Índice

El hombre al que le seguían los gansos 7

DOS CHAVALES QUE NO ERAN DEL MONTÓN, UN CALVO, UNA FOTO DEL REVÉS Y LA IMPORTANCIA DE MANTENERSE RELATIVAMENTE SOBRIO CUANDO SE TIRA AL BLANCO

Los asesinos diletantes 10

El asesino pelón 15

El pistolero diestro 19

Un fallo lo tiene cualquiera 23

DOS MARCAOS, UN BIZCO, VARIOS COJOS Y UN GENERAL SIN PIEZAS

Cicatrices (*Scars*) 30

El hombre más peligroso de Europa 35

La mirada oblicua 40

A la pata coja 44

El general recompuesto 49

UNA SAMBA, UN CORRIDO, UN CUPLÉ, DOS TANGOS Y UN POCO DE JAZZ

La samba de María Bonita 54

Corrido del Chalequero 59

El novio de la muerte	63
El tango del Ringo	68
El tango del generalón y la mujer de las bragas de hierro ...	73
Jazz gris	78

EL JABONOSO, LA RUBIA (EN UN PAÍS DE PARDAS), EL JARO (MONO-
TESTICULAR), EL MUELAS, EL VAQUERO Y LA DULCE

Las aventuras de Smith el Jabonoso	84
La rubia alegre	89
Deprisa, deprisa	94
De lilas, golfos y tranvías	99
La hoz, el martillo y el <i>sheriff</i> de Río Bravo	103
La Magnani que no pudo ser	108

MORIR POR DIOS O POR EL FÚTBOL, LO QUE VIENE A SER LO MISMO,
Y MATAR POR UN ACORDEÓN Y POR OFICIO

Los mártires de Cristo	114
Golazos del 38	118
Cuando un tonto quiere un acordeón	123
El oficio del Corujo	127

NAVAJAS Y ELEFANTES, CANÍBALES Y MARQUESAS, LOBOS Y CAPERUCI-
TAS Y UN DICTADOR DE VERBENA

La espada del barrio	132
Un elefante se balanceaba... ..	136
Tragicomedia caníbal	140
«En la calle de la Princesa...»	144

Bar de mala muerte	149
El dictador macarra	153

UNA RIÑA CONYUGAL, UN HÉROE DE LA JUDERÍA Y EL BOXEADOR QUE NO VOLABA

La violencia inherente de Norman Mailer	160
El día que Liviu Librescu dejó de correr	165
Más dura será la caída (desde un décimo piso)	169

EL HOMBRE QUE SE OLVIDÓ DE SU SOMBRA, EL CRIMEN DE LA CALLE FUENCARRAL Y UN PAR DE MANERAS DE ADMINISTRAR LA LEY

Don Eleuterio (que no quiere ser el Lute)	174
Diez mil duros	178
Carnaval americano	182
Las reglas de la chusma	188

EL HOMBRE QUE OLÍA BRAGAS, LA ESPADA DE ALÁ, UNA FAENA DEL DESTRIPIADOR Y LOS APELLIDOS DE LA BESTIA

Flores para mamá	194
El narcisismo del malvado	198
La triste historia de la ramera Polly Nichols	203
El nombre de los monstruos	207

El hombre al que le seguían los gansos

DESDE QUE CAÍN LE abrió la cabeza a Abel, los hombres no han dejado de matarse con desahogo excusándose en razones no siempre bien argumentadas, y al vecindario le han interesado los detalles para comentarlos en la piedra de lavar y en la tasca con el cafelito. El oficio de contar crímenes empezó en el siglo xvii con los ciegos que cantaban en las plazas acuchillamientos en rima al precio de la voluntad y ha ido manteniendo su carácter de industria de gentes que no son capaces de ganarse la vida en otra labor de más provecho. Un suceso con sangre y celos interesa lo mismo al bachiller que al patán, pero le suele dar vergüenza reconocerlo para aparentar elevación de espíritu e interés por la cultura clásica. Los periódicos descubrieron que la narración de atrocidades rentaba en 1888: en Londres con los asesinatos del Destripador y por acá con el crimen de la calle Fuencarral, que dobló la tirada del diario *El Liberal*. Eugenio Suárez, antiguo voluntario de la División Azul, recogió la intuición y fundó *El Caso* en los tiempos del periodismo con cinturón y consiguió el permiso de la administración diciendo que iba a difundir la cultura, el idioma castellano y los valores de la patria. *El Caso* lo leyeron Cela, Juan Goytisolo y Robert Graves, y parece que también le entretenía a Franco, y el español se acostumbró a leer con los goles de Zarra en el *Marca* y con el crimen de Jarabo. Los crímenes al final son reiterativos, pero el fútbol también lo es y se comenta lo mismo, y a veces con

más adorno. Al crimen le han ido poniendo adenes y explicaciones con cromosomas, pero nunca dejará de ser la pedrada de Caín y la materialización de la agresividad instintiva del ser humano, que le salió torcido a Dios. Escribió el etólogo Konrad Lorenz que el hombre no ha conseguido desarrollar ningún mecanismo para inhibir dicha agresividad para garantizar la supervivencia de la especie, con lo que el ser humano es una especie extremadamente peligrosa. Konrad Lorenz acabó dirigiendo una fila de gansos que caminaban detrás de él en formación, con lo que tampoco es necesario concederle el crédito de la zarza ardiente.

DOS CHAVALES QUE NO ERAN DEL MONTÓN, UN
CALVO, UNA FOTO DEL REVÉS Y LA IMPORTAN-
CIA DE MANTENERSE RELATIVAMENTE SOBRIO
CUANDO SE TIRA AL BLANCO

.

Los asesinos diletantes

«Si uno empieza por permitirse un asesinato, pronto no le da importancia a robar, del robo pasa a la bebida y a la inobservancia del día del Señor y se acaba por faltar a la buena educación y por dejar las cosas para el día siguiente».

Thomas de Quincey

I

El hombre lleva asesinando a sus semejantes desde que descubrió que una piedra es más dura que una cabeza, pero generalmente necesita un motivo, que o lo tiene o se lo inventa. La razón de matar es grandilocuente en los magnicidios, quizás altruista, pero normalmente es codiciosa y se viene matando frecuentemente por quitarle al otro lo que tiene y, puestos a buscar causas, David Berkowitz decía que asesinaba porque se lo mandaba el perro de su vecino, que era el diablo Belcebú. Se mata por amor y por desamor, por celos o por un calentón de pitarra, se mata por una idea que normalmente no merece la pena y se mata porque uno siempre tiene la razón; y por un millón lo mismo que por una perra gorda, por la linde de la huerta, por el honor, por presumir de macho delante de la novia y por hambre. Pero no se mata por nada como no se sale a la calle una noche de diluvio si no se tiene que ir a por pitillos. Ni se mata por juego, que para eso se inventaron los árabes el ajedrez. Los niños juegan a matar en verano, disparando con el dedo índice, que amartillan con el pulgar, pero luego se les pasa. La muerte en los juegos de los niños es un estado transeúnte que limita con la resurrección a la hora de la merienda, pero cuando los chiquillos dejan de serlo descubren que la muerte de verdad no

El asesino pelón

«El aliento de Higinio Sobera era fétido, dado que la materia fecal no solo se la untaba, sino que era alimento para él».

Alfonso Quiroz Cuarón

I

A Higinio Sobera le decían el Pelón porque se mondaba el tiesto y se pasaba la vida de parranda. Su padre le dejó una fortuna que él empleó en labrarse una rutina concienzuda de curdas, putas y cochazos y se le fue arruinando el juicio primero progresivamente y después del todo. A Higinio Sobera le gustaban las pistolas, las chavalas del club Waikiki y las gorras de cuadros y no le gustaba trabajar, que le mentasen a la vieja y que le llevasen la contraria. De niño ya apuntó chifladuras de demente y hacía ruidos con la garganta, gesticulaba como un lunático y crió un natural susceptible que le inclinaba a interpretar ofensas, pero su madre, Zoila de la Flor, decía que no podía ser malo porque le gustaban los gatos. Zoila de la Flor era la viuda de José Sobera, comerciante español que había hecho pesos en México y tenía una hacienda en Villahermosa, en el estado de Tabasco, y ya tenía otro hijo loco, por lo que prefirió hacerse la ilusión de que Higinio era un excéntrico y no un orate. Zoila de la Flor practicó la devoción materna y la interpretación laxa de la ropa manchada de sangre que a veces traía su hijo de sus noches de cabaret y le decía a la criada María López, que era de Pichucalco de Chiapas, que los meros pinches del vecindario le miraban al chaval con mala sombra. A María López, que era de Pichucalco de Chiapas, le daba miedo el joven Higinio

El pistolero diestro

«En esa fotografía Billy el Niño parece tosco y zafio».

Michael Ondaatje

I

El Kid Billy aportó a la Frontera su inagotable leyenda de coraje joven. Dios puso los crócalos y el paisaje inhóspito y los bailes tapatíos pusieron la sangre mestiza. Las mujeres morenas tenían el vientre de cobre y los ojos negros y los gringos las sembraban sobre las jarapas y tomaban los tequilitas olvidando la añoranza del norte. Les decían güeros a los mejicanos rubios que abundaban la lindería. Al Kid Billy le contaban en las fogatas que pintaban el cielo de la raya de atardecer y de melancolía. Al pastor güero le era natural la guitarra y recién compaseaba la chicharra se ponía a cantar: «Fue una noche oscura y triste/ en el pueblo de Fort Summner/ cuando el *sheriff* Pat Garrett/ a Billy el Niño mató/ a Billy el Niño mató». Ahora ya no le cuentan tanto al Kid Billy porque se ha ido perdiendo la costumbre de apurar la noche contando y se han perdido las fogatas, que eran rojas y parecían eternas. «Mil ochocientos ochenta y uno,/ presente lo tengo yo,/ cuando en la casa de Pedro Maxwell/ nomás dos tiros le dio,/ nomás dos tiros le dio». Del Kid se dijo mucho pero se sabía poco; se sabía su valor, su edad escueta, su muerte pronta y violenta, su risa mellada y su joven vanidad, que tenía algo de blasfemia. Se sabían sus novias de ojos negros. «Vuela, vuela palomita,/ a los pueblos de Río Pecos,/ cuéntale a las morenitas/ que ya su Billy murió,/ que ya su Billy murió». Del Kid se quiso saber una infancia pendenciera

salga, y lo que sale es un tonto poniéndole cuernos al padrino, un niño haciéndose el bizco y la novia enseñando la liga.

3

No abundaban los fotógrafos en el territorio copioso del Nuevo México y los hombres olvidaban los rostros de sus muertos. En 1880 paraba en Fort Sumner el Niño Billy y compartía un techo de adobe con su cuate pistolero Charlie Bowdre. Decían en la cantina que también le compartía a la mujer, que se llamaba Manuela. El Niño ya andaba tasado por asesino y mandaba una banda de cuatrerros que oficiaba entre Tascosa y las minas de White Oaks, en la tierra mescalera. El *sheriff* Pat Garrett ya le andaba detrás. El Niño gastaba sus ocios suerteando el naípe en las tambarrias, generalmente al juego del monte español, y rasgaba con desigual talento el guitarrón en el mariachi, pero se le daba mejor bailar el tapatío a las chamacas en las romerías, danzando guapo sobre una teja. Llegó a Fort Sumner en otoño un fotógrafo itinerante y clavó el trípode en la plaza en una tarde de feria. El Niño se animó a perpetuarse, puede que porque ya intuyese su inmortalidad o porque quiso dejar a sus novias morenas un consuelo para cuando le estuviese huyendo a la ley. Posó con gesto de matón de barriada y descuido, con la boca abierta enseñando la mordida irregular y los párpados dormilones, con el chaleco abierto enseñando una camisa con una ancla bordada, un jersey de lana que se presume polvoriento, acaso un anillo de plata en el meñique izquierdo y el copete del sombrero chato. Parece culón el Kid, y sin embargo decían que era galán. Desde la cadera derecha le surge el revólver insolente y con la mano izquierda sujeta por la boca del cañón un rifle Winchester del 1873. El artista le cobró diez céntimos de dólar por dos copias en ferrotipo, una se perdió y la otra se la regaló

Un fallo lo tiene cualquiera

«Quizá lo que más me atrae de Burroughs es su falta de compasión, hacia sí mismo y hacia los demás».

José Ovejero

I

El oficio de escribir está sobrevalorado y lo acaban abrazando las gentes del desarraigo después de ensayar sin éxito una vida de cierta utilidad. Se amanceban con las letras porque no dan la talla para la milicia ni tienen temple para robar y con algo tienen que llenar el plato. Josep Pla tenía dicho que un tipo que a partir de los cuarenta sigue leyendo novelas no anda muy bien de la cabeza, con que imagínense a un hombre hecho y derecho que se dedica a escribirlas. El escritor profesional se apresura a dejarse crecer la barba cuando nota que se le encanece, se pone bufanda en invierno y en verano (a la que llama *foulard*) y está genéticamente incapacitado para ahorrarse una opinión, pero en rigor no es más que un menda que se pasa las tardes inventándose cuentos. Generalmente prefiere la pipa al pitillo soez del obrero, que lo fuma cualquiera, y le agradan los largos paseos en soledad. El escritor, en general, no ha tenido una idea original desde Homero. Propende a la miopía. Y al adverbio. Si tiene suerte y termina por dominar cierta carpintería se pone insoportable porque se cree dueño de un estilo cuando estilo, lo que se dice estilo, el que lo tenía era Cary Grant. Tener habilidad para ligar un par de frases legibles no garantiza el equilibrio mental (a veces al contrario) y cada uno es hijo de su madre. Arthur Conan Doyle acabó creyendo en Campanilla y Salinger bebía pis, a Joyce le encantaba olerle los pedos a su parienta y Tho-